

PENA NEGRA



Título: *Pena negra*.

Primera edición: octubre 2022.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Juan Soto Ivars, © Jimina Sabadú, © Mado Martínez, © Gemma Solsona, © F. David Ruiz (autor representado por Editabundo, S.L.), © Isabel Del Río, © Ariadna Castellarnau, © Dimas Prychyslyy, © Nerea Pallares, © Eva Díaz Riobello.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García.

Fotos autores: Nerea Pallares: Foto © Isabel Wagemann. Eva Díaz Riobello: Foto © Isabel Wagemann. Dimas Prychyslyy: Foto © Asís G. Ayerbe

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-8-6

Depósito legal: AB 474-2022

IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.

PENA NEGRA

Juan Soto Ivars • Jimina Sabadú • Mado Martínez • Gemma Solsona • F. David Ruiz • Isabel Del Río • Ariadna Castellarnau • Dimas Prychyslyy • Nerea Pallares • Eva Díaz Riobello

Antología coordinada por María Zaragoza



InLimbo
Narrativa

*¡Qué pena tan grande! Corro
mi casa como una loca,
mis dos trenzas por el suelo,
de la cocina a la alcoba.*
Federico GARCÍA LORCA
Romance de la pena negra

*No hay nada más hermoso
que una agonía
sobre todo si ocurre
en Andalucía.*
Daniel MONTORIO y Miguel MIHURA
Pasodoble de los esqueletos

Prólogo

Esta es una historia que, aunque brotó en el Golemfest de Valencia en el año 2021, tiene probablemente unas raíces mucho más profundas. En este festival, durante una mesa redonda, se me ocurrió decir en voz alta que lo que deberíamos hacer era una antología de terror y folclóricas. Parecía una idea disparatada, pero en realidad tenía, para mí al menos, todo el sentido del mundo.

En un momento en el que las obras de teatro duraban cuatro horas y eran carísimas, hablamos del siglo XIX, se popularizó el sistema de sillas calientes en los teatros: funciones baratas que duraban una hora y que solían combinar teatro y actuaciones musicales. El género se llamó «mínimo», ya que no duraban mucho y se hacían tres o cuatro sesiones seguidas. Esa necesidad de resumir el drama completo en el menor tiempo posible dio como resultado el florecimiento del cuplé en el café cantante y del género «ínfimo» que lo combinaba con el sainete.

El género se caracterizó desde el primer momento por lo popular, y por eso mismo, por cierta desvergüenza al hablar de lo que no se habla: insinuaciones sexuales, picantes y groseras, homosexualidad e incluso política. No es de extrañar que el cuplé se mezclase con la copla popular en la canción española: ambas tenían en común el lenguaje directo, el gusto por el doble sentido y un cierto interés por lo que se acalla.

En mucha de la copla, además, eso que se acalla es la historia de la mujer que se sale de lo común en algún sentido y eso forja su desgracia: madres solteras, mujeres que renuncian al amor por medrar socialmente, mujeres que se vuelven locas por haber sido abandonadas, prostitutas, mujeres en el margen de la sociedad. Todas esas historias tienen cierto punto en común con los cuentos tradicionales que tanto me han interesado siempre y que, en otras tradiciones, han sido germen del terror. Sí, el terror, como la copla y el cuplé, bebe de lo que se oculta. Como reflexión propia, no me resulta casual que la mayoría de las heroínas de la copla, el cuplé y los cuentos tradicionales sean mujeres: tradicionalmente nosotras hemos sido ocultadas.

Quizá por haber tomado el lado más moralizante de esas historias, o quizá por intentar imprimirle algún tipo de cobertura patriótica, el régimen franquista se apropió de esta música que era del pueblo, censurando, eso sí, sus particularidades picantes en el caso del cuplé. No quiero decir que la idea de atrapar a unas cuantas de estas figuras que cantaron cuplé o copla y convertirlas en inspiración de cuentos que juegan con lo oscuro, lo mágico o lo terrorífico, sea una reivindicación, pero sí me gustaría pensar que devuelve un poco al pueblo lo que siempre debió ser del pueblo. Al fin y al cabo, una de las cosas que se utilizan para denostar al terror es que es un «género popular».

Así pues, la editora y yo lanzamos la propuesta a diez autores que nos pareció podían conectar con la idea y que la llevarían a su terreno propio, siempre desde el respeto. El entusiasmo con el que recibieron la propuesta todavía nos impacta. El resultado, todavía mejor, es esta antología.

Algunos, como Gemma Solsona, que juega con lo lovecraftiano, y Juan Soto Ivars, que asume los códigos de clásicos como el *Frankenstein* de Mary Shelley, se han aproximado a modelos preexistentes para imbuirlos del espíritu de la figura de la canción escogida. Otros, como Dimas Prychyslyy, se la

han llevado al humor más descocado. La fantasía del viaje en el tiempo (o en el espacio) y la transformación tienen su lugar en los relatos de Mado Martínez, Jimina Sabadú y Nerea Pallares. Eva Díaz Riobello, Isabel del Río o Francisco David Ruiz se han decantado por el extrañamiento en la propia biografía de los homenajeados. Sin embargo, en el relato de Ariadna Castellarnau el horror cotidiano solo se roza con la belleza de una de nuestras folclóricas. En general, la variedad es tan increíble como la calidad de los relatistas que han puesto su pluma al servicio de este juego, de este viaje que parte de lo popular hacia lo popular.

Cabe destacar, quizá, la coincidencia en varios de ellos a la hora de rescatar en sus relatos un cierto espíritu del equívoco, del ser pero no, o de desear ser algo distinto a lo que se es, que también ocupaba su espacio en estas canciones populares que, de alguna forma, rescatamos a través de las que las cantaron. También, la abundancia de referencias al colectivo LGTBI+, que no me parece casual. Al fin y al cabo, puede que este colectivo fuera el primero en animarse a hacer propias de nuevo esas historias que, en forma de canciones, tenían esta suerte de cuentos tradicionales nuestros, en hacer propias a sus figuras representativas. El colectivo, al fin y al cabo, también tiene sus historias de ocultación y terror.

Lo último a señalar es que este libro está hecho con humor, con sentido de lo misterioso, pero también con muchísimo amor. Todas estas historias, y las que ellos y ellas nos contaron, son y deberán ser siempre de todos. No lo olvidemos nunca.

María Zaragoza en *Sevilla será Sevilla mientras
haya vino y flores*
Verano de 2022

Tina de Jarque (1906-1937)

Una de las vedetes más populares de principios del siglo pasado. Bailaba, cantaba y actuaba. Fue una pionera en mostrarse completamente desnuda en el escenario, lo que le valió fama de mujer disoluta. Hablaba cuatro idiomas, lo que le facilitó rodar películas en España y en el extranjero. Al estallar la Guerra Civil, Abel Domínguez, un anarquista, la detuvo presumiblemente por estar enamorado de ella. Se la acabó fusilando acusada de robo y espionaje.

Carroña de fieras
Juan Soto Ivars

A Tina de Jarque le dieron matarile los anarquistas y echaron el cuerpo a una fosa común. Deduje que la habían hecho desnudarse por última vez y bailar para las puntas enhiestas de sus fusiles frente a la tapia del cementerio de Valencia, porque encontré su ropa enredada en un arbusto a unos metros del fusilamiento, sin manchas de sangre. De las joyas que había robado y de los millones no encontré ni rastro, pero no me costó dar con lo que yo buscaba, la fosa. La tierra revuelta como las sábanas de una cama donde se ha perpetrado un adulterio delataba el lugar del túmulo. A la luz temblorosa de mi linterna las sombras danzaban como demonios; empecé a apartar tierra y mis tripas dieron un respingo cuando abrí el cabaret macabro donde habían ido a parar los restos de Tina.

Los anarquistas le habían echado encima los cuerpos de ocho frailes a los que ajusticiaron la misma tarde. A ella la encontré con la boca abierta y llena de tierra, una carcajada muda, orgásmica, y su cuerpo retorcido en una monstruosa orgía de ultratumba. Tina acariciaba las tonsuras agujereadas por los tiros, bebía los sesos negros, abría las piernas para recibir a los frailecitos, revuelta como Dios la trajo al mundo entre los cuerpos de estos hombres virginales a los que las balas habían proporcionado bula para el voto de castidad. Dos frailes ansiosos la estrechaban entre sus brazos rígidos, se la

disputaban con tal fuerza que tuve que usar una palanca para sacarla de ahí.

Pensé que la escena le hubiera divertido en vida. A la luz fantasmagórica de la linterna, la cal viva es tan deslumbrante en su rostro como el polvo de arroz. A su Abel Domínguez lo habían tirado unos metros más allá. Lo encontré medio enterrado, boca abajo, huraño, y cuando le di la vuelta para verle la cara me pareció que descansaba con la expresión cabreada de un cornudo. Iba a dejarlo como si tal cosa, pero me pareció que debía tener un gesto para con él, así que fui hasta el arbusto, agarré la ropa de Tina y la deposité entre los dedos de Abel, y a la luz de la linterna me pareció que el muerto cerraba los puños y la apretaba, celoso, cuando cargué el cuerpo desnudo de Tina en la carreta y le dije a la mula: ea.

Soy el doctor Braulio Fermín. Escribo estas líneas ahora que sé que vienen a por mí. Yo estoy muerto si tú lees esto. Me parece entender cómo me han descubierto. Mis notas, sin duda, entregadas por el catedrático Saratoga a los aterrorizados anarquistas que buscan una explicación a la catástrofe que se cernía sobre ellos. No debí fiarme de Saratoga. De entrada es homosexual. Pero gracias a su desviación entendí cómo funcionaba la Tina revivida. Ella sencillamente no es capaz de verlo. Divago. No puedo hacerlo. Debo explicar mi hallazgo, casi no me queda tiempo. Mi experimento ha sido un éxito. Un éxito de la ciencia que merece su castigo.

Al alba llegué con la carreta y el cadáver de Tina tapado con una manta hasta mi laboratorio. La noche anterior no habían tirado bombas y la calle del arrabal estaba tan tranquila como en los tiempos de paz. Todavía no había controles exhaustivos en Valencia. Las patrullas comunistas dejaban pasar a los parroquianos que conocían. Nadie me preguntó qué cargaba en la carreta. Nadie quiso tirar de la manta. Estaban acostumbrados a que yo arrastrase hasta mi laboratorio toda clase de carroñas, cadáveres de bestias de carga, carne de fieras, pedazos de cuerpos de caballos reventados por las balas

y olvidados en las cunetas de nuestra guerra. El olor dulzón a podredumbre que exhalaba la mujer les hizo encender a toda prisa cigarrillos a mi paso.

Coloqué el cuerpo de Tina en la bañera para lavarlo y me pareció que al contacto con el agua caliente sus miembros se destensaban. Soy médico y sé mirar el cuerpo de una mujer como si fuera el diagrama de un manual de anatomía, pero esta vez, pese a que la he visto desnuda y viva en los cabarets y las películas, tuve que hacer un esfuerzo consciente para calmarme porque se cumplía mi sueño de tenerla para mí solo.

Me refresqué la cara con agua fría, desinfecté el material, cargué los electrodos de la pila y empecé con mi experimento. Traer de vuelta a perros y cabras había sido fácil. Lograrlo con una mujer no podía ser demasiado diferente. Hice la primera incisión bajo el seno izquierdo aprovechando el agujero de una bala y coloqué en la cavidad reventada el corazón artificial, los tubos de goma, los cables. Con el paso de las horas, a mi excitación sexual la desplazó una excitación científica, mucho más voraz y penetradora. Trabajé febril, cableé el cuerpo, coloqué las dianas eléctricas, las carpovenaciones, el generador, la química de precipitación de globulina en sus vainas de cristal y acero. Vino la noche como una checa sin que yo comiera, sin descanso, me oriné encima, me negaba a dejarla. Solo me alejé de la pileta para tapar las ventanas a brochazos con brea y encender la luz eléctrica. Oí caer bombas a lo lejos, excrementos de aviones italianos; seguí trabajando. Pasarían las doce cuando terminé la cirugía. Todo mi laboratorio apesataba; yo estaba embriagado por la solución alcalina que ahora corría por sus venas artificiales. Consigné el voltaje y le di un soplo de vida. Tina abrió los ojos con indiferencia.

—¿Puedes verme?

Tina asintió. Su voz no era la misma. Ahora venía de muy lejos. Atravesaba membranas de podredumbre y horror para llegar hasta mi oído.

—Veo todo lo que me desea.

Podía suponerlo, pero sus palabras me helaron la sangre. Las cabras y los perros no hablan. En mis experimentos con animales había anotado la extraña tendencia a encelarse de las fieras resucitadas. Perros cadavéricos lograban desplazarse sobre sus muñones putrefactos para perseguir a alguna perrita en celo, que huía despavorida. Como científico busqué en vano explicaciones pensando en los humores, en la composición de las moléculas, en finas hebras de aroma indistinguible al humano y claro como un mapa para el animal. Pero Tina había dado la palabra exacta: deseo. No había ninguna duda de que yo deseaba a Tina. Y no había ninguna duda de que Tina podía verme.

Se incorporó con su cuerpo recuperado. Su desnudez había perdido todo el encanto de la vida y se mostraba grotesca, tachonada de cicatrices supurantes, cosida como una muñeca destrozada por los niños y remendada por las madres. Sin embargo, mi deseo no se había extinguido. Yo estaba cansado, había trabajado a fondo, había perdido la noción del tiempo, olvidado el hambre, y ahora Tina me la devolvía. Pero mi deseo no era el mismo que cuando fui a los cabarets para verla bailar, rogando que me mirase un segundo. Ahora sus ojos pululaban encima de mí como cucarachas y tenía que luchar para sobreponerme a la repugnancia. Quise romper las ventanas embreadas para que entrase la luz. Temí que una noche eterna se hubiera expandido sobre el mundo. Supe que mis ideas políticas estaban desactivadas ante el horror y el erotismo porque quise que los fascistas vinieran a liberarme.

Pero a Tina no parecía importarle mi turbación. Me miraba indiferente y embotada. Le pregunté si recordaba su nombre y me dijo que se llamaba Constantina. Le pregunté si recordaba su vida y me dijo que su padre era el payaso de circo Tonitoff. Entonces se incorporó y dio sus primeros pasos. Mi deseo se volvió pecaminoso como el de un padre ante su hija y supe de inmediato que todo acabaría mal. Yo había violado el sagrado himeneo que separa la vida de la muerte, pero me sorprendió la velocidad con la que los hechos se desmadraron.

Ella me pidió que abriera la puerta. Acababa de volver y ya se iba. Me enfurecí, celoso, y quise tocarla como un hombre, pero su mirada ausente me aterrorizó, así que le abrí la puerta. Cuando salió del laboratorio el sol de la Biblia tostaba el paisaje. La luz del día me dejó anonadado. La vi alejarse. No caminaba como una mujer, caminaba como un sueño. Todo en esa carroña que se marchaba era puro desprendimiento, repugnante sensualidad. Entonces vi a Saratoga, que venía a traerme un libro que le había prestado. Yo podía verlo, pero Tina no lo veía a él, y él no podía verla, pues no sentía deseo alguno por las mujeres. Traté de recibirlo con frialdad y así el libro que me devolvía.

Recibí la primera noticia de Tina dos días más tarde, cuando inútilmente trazaba un plan para recuperarla, tan inútil como mis intentos de cortejo cuando ella vivía, cuando el escenario era su reino y no me miraba. Sus hazañas pestilentes se estaban expandiendo por Valencia como una epidemia. En la taberna de Ciro oí a uno de la CNT que se lo confiaba a un camarada. Yo estaba a dos metros, sumido en el pozo de mi vaso de mistela. El anarquista contó cómo la vieron entrar al sindicato como un gato por una ventana. Fue primero a por el que disparó el fusil contra ella. Era capaz de verlo y él la veía. Encontraron su cuerpo despedazado. Tiras de carne colgando de las lámparas de araña, masa encefálica estrellada en los retratos al óleo del señorito al que expropiaron antes de fusilarlo, que ahora observaba la escena con aristocrática tranquilidad.

Al día siguiente, los rumores habían adquirido el tamaño y la textura de un absceso que reclama ser purgado por la punta de la aguja. Tina era escurridiza, una sombra a la que veían acercarse con el rabillo del ojo y se desvanecía un instante más tarde, dejando tras de sí un reguero de cadáveres deformes. El terror corría en este corcel más rápido que el de los fascistas. Los hombres enloquecían en el frente, más temerosos de la retaguardia que del enemigo.

Se crearon asambleas para que los testigos de sus asesinatos se defendieran de los cargos de superstición, y los anarquistas juraban por los sacramentos que no mentían, pero nadie les hacía caso. Se dictaron sentencias ejemplarizantes y encarcelamientos, pero las autoridades empezaron a recelar de sus propias convicciones cuando encontraron a los reos destripados en sus celdas. Achacaron los asesinatos a una furtiva espía fascista, a un agente soviético enemigo de los anarquistas, a un comando de asesinos profesionales enviados por Moscú, pero los únicos testigos hablaban de una mujer espectral que mataba como si bailase, que destripaba como si desnudara.

Este horror hubiera sido la envidia de Franco y sus carniceros. Se había apoderado de Valencia. La gente hablaba en susurros de Tina de Jarque, así que las autoridades republicanas hicieron correr el bulo de que la artista, la ladrona de joyas, la traidora, había conseguido huir de su destino junto a Abel Domínguez, y ambos habían escapado a un país extranjero. En paralelo se abrió una investigación secreta y tuvo que ser en este punto cuando sonsacaron información al doctor Saratoga. Ayer me llegó el rumor de que un científico loco era el responsable de esta monstruosidad. Los parroquianos de Ciro aseguraban que ya lo estaban buscando. Decían que el científico iba a desear que lo pillaran las patrullas, porque ellos lo iban a torturar con sus propias manos si daban con él antes.

Salí de la taberna condenado. Es cuestión de tiempo que den conmigo. Escribo estas notas en mis últimos días. Ahora explicaré cómo pude obrar el milagro, cómo devolver a los muertos, cómo abrirles de nuevo los ojos al deseo.

—El resto del documento ha sido censurado—

Estrellita Castro (1906-1983)

Quizá la creadora de la copla como canción española que fusiona los ritmos tradicionales andaluces con el cuplé. Popularizó canciones como *Suspiros de España* o *Mi jaca*. Destacó también como cantaora de flamenco, aunque cantó desde bolero a pasodoble, y, sobre todo, como estrella de cine. Llegó a rodar alrededor de cuarenta películas, casi todas de temática folclórica. Pidió que, al fallecer, se la enterrara con su característico caracol en el pelo.

Año de cucaña
Jimina Sabadú

El año del triunfo fue también el año de la cucaña. De los cobistas y los chaqueteros. Algunos lo eran por miedo, sí, pero los más lo eran por vocación.

Un aedo de los Madriles acabó escondido en la Sacramental de San Isidro, más concretamente en un nicho bajo presunción de abandono. Una cantante volvió de las Américas más rica y más católica que nunca. Incluso se supo de un hombre que acusó a su mujer de haberle obligado a casarse con ella por la fuerza. El año del triunfo fue también el del estraperlo de garbanzos, huesos de jamón, el de los chivatos, el de los chismosos. El de los que no se casaron y ya no se casarían. En fin..., entre otras cosas, fue el año de la gente. Pero me gustaría empezar por aquel aedo, aquel poetaastro escondido entre muertos. Llegó a la redacción más que recomendado. Había sido buen amigo y mejor bebedor, así que le hicieron un hueco enseguida. No tenía más labor que hacer una crónica semanal. Era una persona de fiar, pero me tenía más tiempo en danza del necesario. Se encerraba conmigo y con una botella de anís, y con la excusa del carajillo, allí no se terminaba nunca. Ya dejó dicho Esquerdo que lo que provoca que en Villajoyosa haya tanto mermado es que allí se alimentan desde niños con nardo, que es (o fue) una peligrosa bebida mezcla de absenta y de café.

Pero cuando el poetaastro, el rapsoda de las colillas, llegó a la redacción, yo estaba siempre en marcha, siempre al quite con la multicopista. Y a este patán, a este vate indolente, lo que le gustaba era alternar. No hacía nada en contra de la higiene ni de las buenas costumbres, porque pese a ser bastardo —como hijo, entiéndaseme—, tenía en cuenta a su madre y tenía en la cuenta, también, el dinero que le pasaba su padre, el congresista. A mí me gustaba más cuando venía él a la redacción que cuando venía algún otro juntaletras. Me referiré a él como Rosquilla, y a ella —ahora hablaré de ella— como Mariquilla. Me gustan estos nombres porque siempre quise servir para el cuento infantil, pero no pudo ser. Qué poco tiempo coincidieron Rosquilla y Mariquilla, pero qué buen tándem hicieron en aquella ocasión. Mariquilla era rubia como las muñecas que vienen de París, y Rosquilla tenía tal faz, tal bigote y tal sombrero que, si hubiera sido inteligente, en vez de bohemio hubiera vendido su imagen al mejor postor para promocionar alguna marca de quesos. La primera vez que entró Mariquilla en la redacción se podía leer la siguiente coplilla en un corcho:

*De la Sierra de Gata
Nos ha venido a honrar
Y su cara es el espejo
De la torta del Casar.*

—¿Y a quién se refiere esto? —preguntó el Rosquilla, intrigado.

—Yo solo veo una persona con cara de torta —la voz del coordinador de la sección Madrid salía de entre las facturas, pero Rosquilla no se dio por aludido.

—Yo creo que va por usted —dijo una voz grave que venía del vano de la puerta—, pero es gracioso. Soy Maricarmen Landa, y vengo recomendada de don Segundo. Es que no puedo ser enfermera y me han dicho que escriba.

—Pero nosotros no tenemos sección de moda

femenina. —El coordinador, que firmaba muchos artículos con el pseudónimo de Fantoche, salió de entre sus libros con intención de pasear su descortesía.

El felón invitó a pasar a Mariquilla, o sea, a Maricarmen Landa, a su despacho. Don Segundo nunca supe quién era ni por qué la recomendaba, pero debía de ser un hombre importante si Fantoche fue capaz de dedicarle media hora a aquella mujer. Mandó a Rosquilla a por dos tostadas y él no volvió hasta dos horas después, sin tostadas y con alguna peseta de menos. Ella tenía labia y necesidad. Eso, unido a su carácter, consiguió que le diesen a cubrir una entrevista con Estrellita Castro, que acababa de estrenar en la avenida de José Antonio la película *Mariquilla Terremoto*, que, ya se habrán dado cuenta, algo tuvo que ver con el mote de Mariquilla.

A Fantoche le gustaba muchísimo el cinema, pero no se podía rebajar a cosas tan populares. Ni siquiera confesaba ser, como era, fan del pugilismo, así que esta historia, que hubiera sido la que más feliz hubiera hecho a Fantoche, le pasó por delante de las narices.

—Yo solo voy a los toros. Las mujeres os entendéis entre vosotras, y seguro que a esta la puedes hacer la interviú antes de que se vaya a Hollywood.

Fantoche no confesaba, tampoco, que había llorado viendo *El negro que tenía el alma blanca*, ni que lo único que le interesaba de Mariquilla, es decir, de Maricarmen, era su padre, que glosaba las corridas de toros en verso en un periódico con bastante más prestigio que *El Amanecer*. Antes se hubiera arrancado un brazo. Porque *El negro que tenía el alma blanca* la había dirigido Benito Perojo, también responsable de *Mariquilla Terremoto* y de la película que estrenaría tres semanas después Estrellita Castro, aquella que se llamó como el pasodoble de Antonio Álvarez Alonso.

—¡Ah! ¡*Suspiros de España!* ¡*Suspiros de España* se llama la película que va a estrenar!

Mariquilla salió entusiasmada de aquella primera reunión. Y Rosquilla, que tenía contactos (igual o mejores que los de don Segundo, fuera quien fuera ese señor), le dio el nombre de un botones del Hotel Avenida al que, decía, era mejor referirse como El Kirijistaní que como Carolo, que era su verdadero nombre. En ese año del triunfo, en la avenida de José Antonio brillaban las estrellas como luceros: Boris Karloff en *Los muertos andan*; Weissmüller en *La fuga de Tarzán*; Antonio Vico y Olvido Rodríguez en *Los cuatro Robinsones*; Greta Garbo en *Margarita Gautier*; y Fred Astaire y Ginger Rogers en *Ritmo loco*. Filmes de estreno preferente que jalonaban el paseo otoñal de Mariquilla.

El Hotel Avenida era nuevo y muy lujoso. Sus huéspedes no parecían venir de una guerra. Mariquilla se presentó como gacetillera de *El Amanecer* y preguntó por la señorita Estrella Castro.

—Está alojada aquí, pero no está en la habitación —explicó una apurada recepcionista.

—¿Cuándo estará?

—No lo puedo decir, porque no ha pasado por aquí en días.

Mariquilla se extrañó y decidió esperarla en el recibidor. Más que esperar a la artista, se dedicó a observar a la concurrencia. El mundo había cambiado mucho. No había agudoras, no había vendedores de café ambulantes. Los traperos eran menos y, en general, no había nada que comprar. Ni cuero para zapatos, ni tela para vestidos, ni lentejas para el estofado. Mariquilla —como es lógico— había ido a un internado de monjas. Solía decir que a monjas solo se metían las que odiaban a los niños. De entre aquellas monjas que le enseñaron a ser ama de casa y a multiplicar, recordaba con cariño a dos: sor Isolina (que no se llamaba así, pero le recordaba a la monja buena de las aventuras de Celia) y a sor Pesquisas, que, por supuesto, tampoco se llamaba así. Sor Pesquisas era de Coria y odiaba a los portugueses, pero además de eso era fre-

nóloga aficionada y gustaba de auscultar los cráneos de las niñas para ver sus capacidades. «Tonta del bote y un poco más». «Astuta, ladina. Será muy buena llevando temas de sociedad». «Suerte tendremos si no da algún disgusto». Sor Pesquisas se centraba en lo malo que los cráneos decían de las personas, y presumía de haber tocado y analizado el cráneo de Mateo Morrals. Quién sabe, podría ser verdad.

Mariquilla aprendió mucho de sor Pesquisas, porque si bien la frenología la aplicaba de forma creativa, era única observando. Su agudeza era tal que podía saber si el lechero estaba engañando a su mujer, si una alumna estaba pensando en copiar, o si el gato había escapado por la noche.

—Los ojos nunca mienten, chico.

Así que Mariquilla se repetía mucho aquello de los ojos. Como no era amiga de las reuniones de alta sociedad a las que acompañaba a su padre, se fijaba en las caras y los gestos de los que estaban. Por eso se dio cuenta de que la recepcionista no estaba tranquila con que estuviera allí plantada.

—Si quiere usted que la llamemos cuando venga la señorita Castro...

—No es menester; volveré dentro de unas horas.

Y sin avisar al periódico, Mariquilla salió del *hall* del hotel y se quedó mirando ese nuevo Madrid. Se le antojó comer algo porque, con los nervios, no había comido en todo el día. Callejeó en busca de alguna pipera. Estaba abstraída y estaría ya en la calle Jacometrezo cuando el olor la devolvió a la realidad: olía dulce, muy dulce. Encontró un puesto metálico de pipas. Nunca había visto uno igual. Tenía caramelos de muchas formas y sabores.

—¿Me da un duro de pipas?

—¿Que le dé qué?

—Un duro de pipas.

Mariquilla y la pipera levantaron la cabeza a la vez. Se miraron ambas con extrañeza. Mariquilla nunca había visto a una